

# Cultura política democrática y élite partidista ante las elecciones presidenciales de 2006

Enrique Cuna Pérez\*

Ante la proximidad del proceso electoral del 2006 vuelve a ponerse en la mesa el debate sobre el proceso de consolidación democrática en la que nuestro país está enfrascado. Si bien es importante reconocer la centralidad de las elecciones y de los partidos en la participación y competencia política que se avecina, también es necesario discutir sobre la cultura política que caracteriza la práctica política de los tres importantes partidos políticos en México. La reflexión para hacer de ellos instrumentos eficaces de representación, que ofrezcan alternativas reales para la población, que permitan su involucramiento y que manifiesten una clase política responsable con respecto a los compromisos que adquiere con la ciudadanía, al mismo tiempo que sea sensible a las señales de su opinión, pasa necesariamente por el estudio de la cultura política democrática, pues ¿de qué sirven excelentes ideas si no existen actores políticos dispuestos a llevarlas a la práctica?

**S**e ha reconocido en múltiples ocasiones y foros que la transición a la democracia en México ha tenido más logros en cuanto a las reformas en las instituciones, pero escasos en la transformación de la subjetividad política que necesariamente debe acompañar estos cambios. Ya se ha dicho que las transformaciones a nivel institucional poco han ayudado a modificar el contexto socioeconómico, la desigualdad histórica, “una mitad de la población pobre con bajos niveles de escolaridad, los índices escandalosos de la inseguridad pública, una economía que puede crecer pero que no distribuye, una clase política que ofrece espectáculos lamentables”<sup>1</sup>, situa-

ciones que en nada logran transformar las conductas cívicas y, sobre todo, la gran desconfianza en las autoridades y espacios políticos que sigue caracterizando nuestra cultura política.

En general, en América Latina el gran obstáculo a la consolidación democrática es que la vigencia del régimen democrático durante más de dos décadas no ha sido acompañada por avances palpables en materia social, ha reconocido el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) 2004<sup>2</sup>. La insatis-

<sup>1</sup> Adrián Acosta Silva, “El déficit cívico”, en *Nexos*, núm. 298, octubre de 2002, p. 37.

<sup>2</sup> PNUD, *La democracia en América Latina, hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*, Ed. Aguilar, Argentina, 2004.

facción con los resultados económicos y sociales tiende a dirigirse contra el sistema político, generando un círculo vicioso en donde el desencanto, el descontento y la marginación ciudadana de la democracia se convierten en el más grave déficit en la transformación del elector al ciudadano, del votante espectador a un ciudadano participativo, pero también del político pragmático a un político responsable, del caudillo a un verdadero representante popular (con ello devolverle el prestigio a la política, lograr que el ciudadano crea en ella, llenarla de contenido, relevancia y sentido)<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> *Ibidem* p. 20.

\* Profesor-Investigador del Depto. de Sociología de la UAM-Azcapotzalco.

En el caso mexicano, la evidente crisis de desconfianza y credibilidad de las instituciones gubernamentales y políticas también proviene en gran medida de viejos vicios no resueltos propios de la cultura política tradicional y autoritaria que se manifestó durante gran parte del siglo XX; sin embargo, la agudizada incertidumbre, la corrupción generalizada en las mismas instancias de poder, la cultura política aún autoritaria de los nuevos funcionarios y gobernantes, recrudecen el enorme descontento ciudadano que se manifiesta en su alejamiento de las instancias políticas, y en la poca o nula credibilidad en el aparato de impartición de justicia y en el estado de inseguridad social<sup>4</sup>.

En este texto el objetivo principal será mostrar las deficiencias que manifiestan los principales partidos políticos en México en cuanto a la cultura política democrática que debería acompañar al proceso de sucesión política próxima, cultura política que muchas veces se caracteriza por prácticas clientelares, corporativas, autoritarias que responde a intereses de grupo más que a el interés social que dicen representar.

La primera parte del texto presenta una breve discusión sobre el concepto de cultura política democrática y algunas características de la cultura política en la ciudadanía en México con el fin de contextualizar la importancia de la reflexión sobre el necesario cambio cultural en las estructuras y élites partidistas. En la segunda parte, el artículo describe con base en los procesos de sucesión de las dirigencias y de los mecanismos de elección de candidatos presidenciales en los tres principales partidos políticos nacionales (PRI, PAN y PRD), las características de la cultura política que predomina en esas instancias y que son causa del alejamiento de grandes sectores de la sociedad hacia la esfera de la política.

<sup>4</sup> Hay una percepción negativa respecto de la actuación de las instituciones públicas encargadas de perseguir a quienes infringen la ley, lo cual se traduce en descrédito y suspicacia hacia los esfuerzos para combatir el delito. Para el ciudadano mexicano, el respeto a la ley aún no forma parte de sus virtudes cívicas. En un estudio sobre los ciudadanos y la cultura de la democracia, Julia Flores y Yolanda Meyemberg sostienen que en la adscripción a la legalidad y a la representatividad, se muestra una fractura debido a la inconsistencia entre lo que se estipula en el derecho y lo que se ejerce en su nombre. Concluyen que persiste una actitud relajada respecto a la obligatoriedad de la ley, pues los mexicanos tienden a considerar adecuado incumplirla cuando se considera que es injusta. Existen también opiniones arraigadas desfavorables sobre la impartición de la justicia en el país y la situación que predomina actualmente respecto a la corrupción y la impunidad. Yolanda Meyemberg, Julia Flores, *Encuesta nacional de corrupción y buen gobierno*, citada en Leticia Juárez, "Ni la ley ni la justicia", en *Nexos*, núm. 298, octubre de 2002, p. 45-46.

## Cultura política democrática y partidos políticos

El concepto de cultura política aparece en 1963 con el estudio de Almond y Verba *The Civic Culture*<sup>5</sup>, en donde se analiza las virtudes cívicas y sus consecuencias para la efectividad y la estabilidad de un gobierno democrático, tal como existía en Estados Unidos o Inglaterra -modelos de democracia y de cultura cívica para ellos-, comparadas con naciones más atrasadas en relación a los procesos de instauración democrática, como son el caso de Alemania, Italia y México.

La cultura política es, desde este enfoque, el conjunto de actitudes, creencias y sentimientos que dan orden y significado a un proceso político y que proporciona los supuestos y normas que gobiernan la conducta en un sistema político. Esto es, la cultura política remite a la forma en que el sistema político ha sido internalizado por los individuos y supone la existencia de un sistema simbólico que es compartido en general pero de manera no uniforme por los ciudadanos con respecto a las estructuras del sistema político. Abarca tanto a los ideales políticos como a las normas de actuación de una comunidad política.

En la actualidad, el concepto de cultura política resulta controvertido por su carácter polisémico, ya que cada escuela le da un significado diferente convirtiéndose en un recipiente donde conviven ideologías, valores, actitudes, opiniones, símbolos, lenguajes, discursos y todo tipo de productos culturales<sup>6</sup>.

Existen dificultades, desde un punto de vista teórico, para definir con precisión el concepto de cultura política. En gran parte de los estudios se muestra la gran ambigüedad con la que se trabaja este concepto<sup>7</sup>. Aquiles Chihu, ejemplificando la polisemia del concepto, ha apuntado algunas de las definiciones de la cultura política más aceptadas, contradictorias y complementarias entre sí.

Además de Almond y Verba, para quienes es el conjunto de elementos cognoscitivos, afectivos y valorativos que se encuentran en la base de las actitudes políticas, Giacomo Sani ha dicho que es el conjunto de conocimien-

<sup>5</sup> Gabriel Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture, political attitudes in five nations*, Princeton university Press, 1963.

<sup>6</sup> Roberto Gutiérrez, "A manera de introducción: elementos para un análisis de la cultura política contemporánea en México", en *Revista A, UAMA*, Vol. IX, Num. 23-24, México, 1988, p. 9-16.

<sup>7</sup> Roberto Gutiérrez, "Algunas aportaciones recientes para el estudio de la cultura política en México", en Héctor Rosales, *Cultura política e investigación urbana*, UNAM, 1990, México, pp. 141-149.

tos relativos a las instituciones, a la práctica política, a las fuerzas políticas que operan en un determinado contexto; de actitudes, como la indiferencia, el cinismo, la rigidez, el dogmatismo o la tolerancia, la adhesión de normas, como el derecho, el deber del ciudadano en participar en la vida política; de lenguajes, símbolos y consignas. Para Ronald Cohen es el conjunto de ideales y símbolos que describen las metas y fines de la política, en términos de las tradiciones de los miembros. Esteban Krotz ha escrito que está constituida por los universos simbólicos asociados a los ejercicios y a las estructuras de poder. Roberto Gutiérrez la ha definido como el estrato oculto que subyace bajo las actitudes y el comportamiento de los individuos frente al poder, que son fenómenos de superficie que requieren ser explicados en cuanto a su genealogía. Roberto Varela la ha planteado como el conjunto de signos y símbolos que afectan a las estructuras de poder, entendiendo por política la acción que produce un efecto en la estructura de poder de una unidad operante en cualquier nivel de integración social. Y Aquiles Chihu ha escrito que la cultura política es el universo en el que la autoridad política se constituye como un texto interpretable a la luz de un particular universo simbólico-cultural<sup>8</sup>.

No obstante la posilemia y la dificultad de aprehensión que la naturaleza del mismo concepto entraña, es posible reconocer algunas características que definen la cultura política democrática que acompaña, o debe de acompañar, las transformaciones en el sistema político democrático. *The Civic Culture* plantea que los rasgos asociados a la cultura cívica democrática serían: una cultura participativa muy desarrollada y extendida, un involucramiento del ciudadano con la política y un sentido de obligación para con la comunidad, una amplia convicción de que se puede influir sobre las decisiones gubernamentales, un gran número de miembros activos en diversos tipos de asociaciones sociales voluntarias, y un alto orgullo por su sistema político. El concepto de cultura política democrática engloba diversos aspectos, entre los que destacan los valores como la confianza, la adhesión a la democracia, la tolerancia, la ciudadanía, la legalidad, y la participación.

La adhesión a la democracia es considerada un valor central. La confianza en las instituciones políticas también adquiere notable importancia; Ronald Inglehart menciona que es uno de los elementos básicos de la cultura política prodemocrática y requisito para la formación de asocia-

ciones secundarias, que a su vez son esenciales para una participación política efectiva en cualquier democracia<sup>9</sup>.

También la cultura política democrática se define como la cultura de la participación (la política debe dejar de ser un asunto de los políticos, en el sentido de la elite o de la burocracia de partido o de clase, para ser un derecho consustancial de los ciudadanos); de la pluralidad (la admisión de los opuestos, el respeto de los contrarios, el derecho a disentir y la búsqueda legítima de los consensos); del respeto (no la cultura de la exclusión, de la eliminación, ni de la descalificación); de la tolerancia (que representa aceptación de lo diferente, la necesidad de reconocer la divergencia, significa reconocer la pluralidad y la libertad de manifestar esa diferencia que no sólo se refiere a la tolerancia política, sino también social, sexual, religiosa, etc.); de la legalidad (de nada sirven que se entablen serias discusiones teóricas si se transgreden las normas fundamentales sobre las cuales se estructura y vertebraba el funcionamiento de una sociedad).

La cultura política democrática, ligada simultáneamente al desarrollo de las instituciones políticas democráticas, es considerada por la mayoría de autores como uno de los elementos primordiales de la consolidación de las reformas que tienden hacia la democracia o al menos se orientan hacia la transición en ese sentido<sup>10</sup>.

Las creencias, las percepciones y formas de ver el mundo, las concepciones y las actitudes, requieren de instituciones acordes con los patrones o reglas de funcionamiento que respondan a una política democrática<sup>11</sup>; pero, por otro lado, sería incorrecto excluir la variable cultural

<sup>9</sup> “Una sensación de confianza también se requiere para el funcionamiento de las reglas del juego democrático: se debe considerar a la oposición leal, que no va a encarcelar ni a ejecutar a los que entregan el poder político, en las que se puede confiar porque va a gobernar dentro de la ley, y porque va a ceder; a su vez, el poder político a los que ganen las próximas elecciones” Ronald Inglehart, “Cultura política y democracia estable”, en *Revista Española de investigaciones sociales*, núm. 42, CIS, Madrid.

<sup>10</sup> Alain Touraine, “Éxitos y límites de la democratización en América Latina”, en *Estudios Sociológicos*, Vol. XVI, No. 48, México, 1998, pp. 745-760. Lucía Álvarez, “Participación ciudadana y nueva cultura política en la Ciudad de México”, pp.10-24.

<sup>11</sup> “De nada sirve transmitir una serie de valores en las aulas sobre el apego a la legalidad, sobre las bondades de la pluralidad y la tolerancia, si las instituciones no se comportan con apego a esas disposiciones y a esos valores; difícilmente los ciudadanos podrán tener convicciones sobre el valor y el beneficio de la legalidad si observan que los políticos y las instituciones no funcionan o se comportan con apego a lo legal, si la ley se les aplica a unos y a otros no, difícilmente internalizarán el valor de la legalidad”. Jacqueline Peschard, “Cultura política, formas de ver, formas de hacer”, p. 9.

<sup>8</sup> Aquiles Chihu Amparan, “Nuevos desarrollos en torno al concepto de cultura política”, en *Polis* 96, UAM, México, 1998, pp. 175-192.

en los procesos de producción y consolidación de sistemas y estructuras políticos<sup>12</sup>. La cultura política tiene influencia y consecuencias sobre las instituciones y prácticas políticas, así como éstas influyen a la cultura política. El estudio de la cultura política tiene que tomar en cuenta su relación con las estructuras políticas<sup>13</sup>. Ronald Inglehart ha sugerido que el desarrollo económico por sí solo no necesariamente conduce a la democracia, es necesario que ese desarrollo lleve consigo cambios en la estructura social y en la cultura política, cambios paralelos y no uno dependiente de otro<sup>14</sup>.

Por otra parte, distinguidos como organizaciones formales de personas en torno a intereses o ideas comunes que buscan participar, influir y conducir la vida política de una sociedad<sup>15</sup>, los partidos políticos en América Latina (que según Manuel Garretón tienen la función de representación de intereses globales, ideas y proyectos; de convocatoria, liderazgo y conducción; de elaboración de proyectos o propuestas; de administración de gobierno o de oposición; de agregación de demandas y de canalización de conflictos; de reclutamiento de la clase política para los puestos del Estado o de la función pública)<sup>16</sup>, se muestran alejados de prácticas democráticas y en su discurso manifiesta la banalidad, el cinismo y la corrupción (aunque existe la demanda a la política de sentido, “lo que las puras fuerzas del mercado, el universo mediático, los particularismos o los meros cálculos de interés individual o corporativos no son capaces de dar”)<sup>17</sup>.

<sup>12</sup> Sobre la necesidad de incluir a la variable cultural en el mantenimiento de las estructuras, Roberto Gutiérrez apunta: “A menos que se suponga que es posible mantener instituciones democráticas en desfase permanente con la forma en que los ciudadanos entienden y practican la política;... por esta vía nos encontraríamos de nueva cuenta ante el clásico contraste entre el país real y el país legal”. Roberto Gutiérrez. “Notas sobre la relación entre cultura política e instituciones” en Jacqueline Peschard (Coord), *Cultura política*, Congreso Nacional de Ciencia política, México, 1996, p. 89.

<sup>13</sup> Jacqueline Peschard, *La cultura política democrática*, p. 32. Jean Meynaud y Alain Lancelot, *Las actitudes políticas*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1965, 125 pp. Peter Merkl, *Teorías políticas comparadas*, Traducción Nuria Pares, Ed. Roble, México, 1973, 526 pp.

<sup>14</sup> Ronald Inglehart, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among western Publics*, Princeton University Press; “The renaissance of political culture”, en *American Political Science Review*, vol. 4, diciembre de 1988, pp. 1203-1230.

<sup>15</sup> Manuel Garretón, “La indispensable y problemática relación entre partidos y democracia en América Latina”, en PNUD. *La democracia en América Latina, hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*, Ed. Aguilar, Argentina, 2004, P. 76.

<sup>16</sup> *Ibidem* p. 77.

<sup>17</sup> *Ibidem* p. 83.

El hecho no es privativo de la realidad latinoamericana, más bien puede reconocerse como universal y ligado al propio devenir de la política, pues como escribe Manuel Alcántara la “utilización de los partidos para uso personal de individuos ávidos de poder ilimitado, el mantenimiento de grupos cerrados perpetuados endogámicamente y servidores de sus propios intereses, el revestimiento mediante la demagogia de supuestos ideales de maquinarias trabajosamente construidas en torno a un pequeño grupo para alcanzar y luego mantenerse en el poder sin otra finalidad que el poder en si mismo, el olvido de las promesas electorales, el intercambio de favores, el clientelismo, el desarrollo de técnicas manipuladoras de la voluntad de los ciudadanos electores mediante la corrupción, el soborno, en fin, de la compra de la voluntad, son figuras que iluminan los escenarios dibujados por los trabajos clásicos más referenciados sobre los partidos políticos”<sup>18</sup>.

A pesar de esto, los partidos siguen representando a la clase política, pero con mucha dificultad representan a la sociedad ni se identifican con el bien común. La ausencia del debate político en torno a proyectos diferenciados y opuestos, convierte la competencia política en mera lucha por los puestos de poder, lo que aumenta el distanciamiento y la desconfianza con respecto a la ciudadanía.

## **Desconfianza y nula credibilidad hacia los partidos políticos como característica de la cultura política de los ciudadanos en México**

La transición a la democracia en México ha sido caracterizada como una transición votada<sup>19</sup>, pues los cambios más significativos que la han desarrollado se han producido en el terreno electoral y en el sistema de partidos. Se trata de un proceso de cambio en los procedimientos electorales que han reforzado el papel de los partidos políticos como interlocutores, muchas veces únicos, entre el sistema político y la ciudadanía.

Los partidos políticos se convirtieron en protagonistas importantes para desarrollar los lazos entre representación y participación ciudadana. El mismo diseño de la democracia instalado en el país supone los partidos políticos como instancias de mediación, organización y confrontación

<sup>18</sup> Manuel Alcántara, “Partidos políticos en América Latina: precisiones conceptuales, estado actual y retos futuros”, en PNUD. *La democracia en América Latina, hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*, Ed. Aguilar, Argentina, 2004, p. 101.

<sup>19</sup> Mauricio Merino, *La transición votada*, Ed. FCE, México, 2003, p. 247.

insustituibles<sup>20</sup>. Sin embargo, en México los partidos políticos —representados por las tres fuerzas principales a saber Partido Revolucionario Institucional (PRI), Partido Acción Nacional (PAN) y Partido de la Revolución Democrática (PRD)— actores de escándalos cotidianos, atraviesan por una severa crisis de credibilidad y confianza ciudadana<sup>21</sup> manifestada no sólo en una decreciente participación electoral y en la nula capacidad de convocatoria sino en la demanda de organizaciones partidarias alternativas a las existentes.

La *Encuesta Nacional de Reglas, Instituciones y Valores de la Democracia*<sup>22</sup> permite apreciar que las percepciones que sobre la política prevalecen entre el grueso de la población acusan desconocimiento, desconfianza y desacuerdo sobre sus métodos. Con respecto a la esfera de la política formal, representada no sólo por la lucha partidista, ésta despierta escaso interés, confianza y aceptación: 48% expresó interesarse poco en la política y 24% respondió que no se interesa nada, frente al 21% que se interesa mucho. En relación con las instituciones políticas, en una escala de 0 a 10 los encuestados calificaron con 5 su confianza en diputados, gobernadores, presidentes municipales y Presidente de la república. Los partidos políticos fueron calificados con 0 por un 25% de los entrevistados.

Esta encuesta concluye que los ciudadanos en México no conciben la política como actividad útil para la sociedad en general, tampoco confía en las instituciones de gobierno ni en las autoridades, de ahí que manifiesten una limitada disposición a participar<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> Giovanni Sartori, en su libro *Partidos y sistemas de partidos*, ha definido tres cualidades de los partidos: no son facciones porque son vehículos para buscar fines colectivos; son parte de un todo pues ofrecen gobernar por el bien de todos o de la mayoría; y son conductos de expresión pues prevalecen a todos los medios de representación. Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, 2ª ed., Ed. Alianza, Madrid, 1994, 1ª reimp., 450 pp.

<sup>21</sup> Dos estudios acerca de la crisis de los partidos políticos en el régimen democrático lo constituyen los textos de Víctor Alarcón. “La teoría de los partidos políticos ante los retos del cambio de siglo”, en revista *Polis* 03, vol. I, México, UAM, 2003, pp. 7-26. Y el de Enrique Gomariz. *La encrucijada de los partidos políticos en el inicio del siglo XXI*, Documento de trabajo, Fundación Friederich Ebert, San José Costa Rica, 2001, p. 54.

<sup>22</sup> Corresponde al estudio *Ciudadanos y cultura de la democracia, reglas, instituciones y valores* que el IFE encargó realizar al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM en 1999. La encuesta fue levantada en diciembre de 1999, su objeto de estudio fueron ciudadanos mayores de 18 años residentes en el territorio nacional con vivienda particular, dividido por regiones. Su nivel de confianza es de 98%, e incluyó el análisis cualitativo y cuantitativo, el análisis de léxico y el análisis de las representaciones sociales.

<sup>23</sup> María Alanís, “Ciudadanos y cultura de la democracia: Encuesta Nacional de reglas, instituciones y valores de la democracia”, en SEGOB *Deconstruyendo la ciudadanía*, pp. 31-39, México.

Otro estudio que ha presentado evidencia del alejamiento entre la población en general y los partidos políticos en México es la *Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas 2001*<sup>24</sup>. Alejandro Moreno y Patricia Méndez, quienes, tomando como fuente los resultados de la *Encuesta Mundial de Valores* de 1995-1997 y 2000-2001, así como de la *Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas 2001*, han concluido que es el desempeño económico, el desencanto por la corrupción y los escándalos políticos fuertes obstáculos para la consolidación democrática en nuestro país<sup>25</sup>. Al analizar las cualidades sugeridas por Inglehart que contribuyen al surgimiento y desarrollo de la democracia (tolerancia, confianza interpersonal, participación política, sentido de bienestar subjetivo, entre otras) encontraron que el porcentaje de mexicanos que dicen confiar en la gente disminuyó a 21% para el año 2000; 65% de la gente manifestaba una convicción acerca de la democracia como mejor régimen de gobierno, pero sólo 37% se declaraba satisfecho con la democracia práctica.

Para mostrar el descontento con los partidos políticos en América Latina que manifiesta la ciudadanía en general, Daniel Zovatto realizó un interesante estudio a partir de analizar los valores, las percepciones y actitudes hacia la democracia en 17 países latinoamericanos (con los datos anuales del Latinobarómetro<sup>26</sup>) en el periodo 1996- 2002, en donde concluía que la insatisfacción del ciudadano con la democracia no era un simple reflejo de la situación económica ni de la infelicidad con los resultados visibles del régimen democrático, sino que era una manifestación originada en el mal funcionamiento “de los procesos fundamentales, los actores y las insti-

<sup>24</sup> La *Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas 2001*, fue desarrollada por la Secretaría de Gobernación a nivel nacional. Aplicada a personas mayores de 18 años y que residen en territorio nacional, preguntó sobre 10 ámbitos temáticos relacionados con los asuntos públicos. El cuestionario constó de 121 preguntas, y fue aplicado en 600 localidades del país, selección realizada a través de un método estadístico aleatorio, bajo un diseño polietápico y por conglomerados.

<sup>25</sup> Alejandro Moreno y Patricia Méndez, “Actitudes hacia la democracia: México en perspectiva comparada”, en *Deconstruyendo la ciudadanía*, pp. 119-144 Ed. SEGOB, México.

<sup>26</sup> El Latinobarómetro es un sondeo de opinión que se realiza en 17 países de América Latina desde 1995. Utiliza la misma batería de preguntas y una metodología similar en cada uno de los países. Sus resultados pueden consultarse en <[www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org)>.

tuciones del sistema democrático que no resuelven los problemas de los ciudadanos y que defraudan constantemente sus expectativas”<sup>27</sup>.

Esto es, buena parte del descontento se explica por la negativa correspondencia entre la expectativa idealizada sobre la democracia y el desempeño real en el contexto de coyunturas políticas y económicas difíciles, sin embargo también tienen culpa los políticos y las instituciones que agravaron las dificultades con su pobre desempeño. Incluso, pareciera ser, según Zovatto, que la gente aprendió a distinguir entre el apoyo a la democracia como sistema por un lado y el apoyo a los actores por el otro. Para el autor, es con el desempeño de las élites políticas con quienes los ciudadanos están inconformes, incrementando como consecuencia la debilidad del sistema de partidos y la credibilidad del Congreso, de los partidos y de los políticos.

Los datos que sirven de respaldo a sus conclusiones manifestaban que entre la población latinoamericana existe un amplio consenso acerca de la democracia como sistema de gobierno (hasta el 2000 así lo manifestaban 68% de los ciudadanos, aunque para 2001 ese apoyo bajó a 48% y subió a 56% en el 2002). México en ese mismo periodo pasó de un apoyo manifiesto de 50% a 44% en 2001 y a 63% en 2002.

Sin embargo, existe una notable diferencia entre el apoyo a la democracia como ideal y como forma de gobierno y el apoyo de su satisfacción con el desempeño práctico del sistema democrático. Sólo 33% indicó sentirse satisfecho con el desempeño democrático de sus gobiernos. México tiene un promedio de 25% de apoyo. Al analizar la confianza en las instituciones del régimen democrático para ayudar a entender hasta qué punto su descontento surge ante los pobres resultados económicos obtenidos o ante la nula efectividad de las instituciones centrales para cumplir con las expectativas de la gente se encontró que hay una alta confianza con instituciones que producen imágenes (iglesia 75% y televisión 46%) y la baja confianza que presentan las instituciones centrales del régimen democrático (Congreso 27% y Partidos políticos 20%). Para México la confianza en los partidos políticos descendió de 27% en el periodo 1996-2001 a 12% en el año 2002.

<sup>27</sup> Daniel Zovatto, “Valores, percepciones y actitudes hacia la democracia. Una visión comparada latinoamericana, 1996-2002”, en SEGOB, *Deconstruyendo la ciudadanía*, pp. 51-77, México, 2002.

## La cultura política partidaria

Roberto Gutiérrez, uno de los pocos investigadores que ha escrito sobre élites y prácticas culturales en México, ha apuntado, ante el tema de la inmadurez político cultural de importantes franjas de la élite política mexicana, que se trata de una herencia político cultural y que se manifiesta en los principales actores de la vida política que “no acaban de asumir a plenitud los valores, las actitudes y los comportamientos inherentes a la lógica democrática”<sup>28</sup>, allí lo que se acostumbra son remanentes de antiguas prácticas políticas del régimen priísta que era poco propicio para la participación democrática; difícilmente se proyecta a la ciudadanía una imagen de confianza y lealtad institucional propia de las democracias consolidadas.

Por eso la concreción de los arreglos institucionales propios de la viabilidad de las instituciones estatales tiene mucho que ver con la cultura política para la construcción y estabilización de los regímenes democráticos, manifestada en el desempeño de las élites políticas sustentado en los principios de racionalidad, responsabilidad y la disposición a la negociación y al acuerdo<sup>29</sup>.

Roberto Gutiérrez, al explicar el porqué del descrédito social y de la casi nula credibilidad de los partidos políticos nacionales, enlista el poco interés en propiciar la participación democrática al interior de sus espacios, el discurso político empobrecido y reducido al plano de la descalificación del adversario a toda costa, los errores provocados al interior de las mismas estructuras partidistas, situación agravada por la actitud asumida por no pocos medios de comunicación y que han influido negativamente en la percepción social de las instituciones, los actores y la dinámica política democrática<sup>30</sup>. Su conclusión es que el proceso de desarrollo político nacional ha manifestado por un lado a las élites que han ido construyendo a través de la negociación “un andamiaje jurídico e institucional que ha hecho posible que la pluralidad y el conflicto se expre-

<sup>28</sup> Roberto Gutiérrez, “Obstáculos culturales para la consolidación democrática de México. Un acercamiento al caso de las élites políticas”, en revista *Diálogo y debate*, año 3, num. 11, enero-marzo 2000, p.135.

<sup>29</sup> *Ibidem.*, p. 131.

<sup>30</sup> Sobre el importante papel de los medios de comunicación, Gutiérrez ha escrito: “al convertirse a la política en un espectáculo en el que importa más el dato estridente que la información objetiva, y en el que resulta más redituable enfatizar la confrontación sobre el acuerdo, los medios contribuyen fuertemente al desprestigio social de una actividad —y de las instituciones en las que se realiza— que, con todo y sus problemas intrínsecos, tendrá que ser altamente valorada y por lo tanto protegida”. *Ibidem.* 142.

sen básicamente por medio de la competencia electoral y la batalla legislativa. Pero, al mismo tiempo, las actitudes y las estrategias políticas de las élites en el interior de este campo institucionalizado de la lucha por el poder han estado fuertemente influidas por una visión en la que la desconfianza y la percepción de que la política es un juego de suma cero sigue obstaculizando la construcción de acuerdos y consensos fundamentales”<sup>31</sup>.

Una vez ya contextualizado el debate sobre la importancia de la cultura política de las élites partidistas en la consolidación democrática, a continuación describo con base en los procesos de sucesión de las dirigencias y de los mecanismos de elección de candidatos presidenciales en los tres principales partidos políticos nacionales (PRI, PAN y PRD), algunas de las características de la cultura política que predominan en esas instancias y que son causa del alejamiento de grandes sectores de la sociedad hacia la esfera de la política.

Tratando de englobar las características de la cultura política predominante en los tres principales partidos en México que se han identificado abiertamente (la lucha partidista semeja la lucha por el poder vaciada de contenidos, con un discurso político empobrecido, en donde lo que gobierna como argumento es la descalificación del adversario; la ausencia de deliberación y negociación en la solución de sus conflictos internos y como vía para acercarse al contrario; la ausencia de debate, de reflexión sobre proyectos que describan la visión de país y de Estado propuesta por cada una de las opciones políticas; lo que sí se deja ver claramente son intereses y tácticas políticas inmediatistas, acciones ligadas a cálculos políticos de corto plazo o bien estrategias para conseguir o conservar cuotas de poder, más no una perspectiva de Estado responsable y consecuente; al interior de los partidos y con referencia a la sucesión en las dirigencias y en la designación de sus candidatos presidenciales se muestra la intolerancia frente al disenso, el arreglo informal y el predominio del más fuerte, manifestación de partidos poco institucionalizados, máquinas caudillistas; al exterior y en relación con la sociedad, los partidos enseñan la resistencia al acuerdo en el mejor de los casos, en el peor la corrupción y el abuso de poder; el pragmatismo de los partidos y la mutación ideológica de sus candidatos al no ver satisfechas sus aspiraciones políticas) en categorías más generales, se pueden enlistar:

<sup>31</sup> *Ibidem*. p. 139.

a) *El objetivo primordial: la presidencia de la República*. La lucha electoral por la presidencia inició por lo menos en el 2004, los intereses y pleitos partidistas, debates y luchas han ocupado todo el espacio público y un tema ha sido el que ha gobernado la actuación de las élites partidistas, la sucesión presidencial. La obtención del poder incluso por encima de la agenda social que debería ser núcleo articulador del país o la suscripción de compromisos concretos con la sociedad, que involucren la superación del clientelismo y el sólo interés por la obtención de los votos.

Con la designación de las dirigencias nacionales en el 2005 se dieron los primeros pasos consistentes rumbo a la elección presidencial del 2006. La sucesión en las dirigencias también fue el reposicionamiento de los precandidatos, los grupos en contienda procuran alcanzar la mayor dotación de poder interno en la organización y estructura para desde allí construir una serie de acuerdos internos que incidan en la cohesión y articulación de intereses regionales y de grupo<sup>32</sup>. Sin embargo, estos acuerdos al interior tienen que lograr la unidad lo más pronto posible para tener el tiempo suficiente para generar identidades y propuestas de campaña; pues si, como hasta hoy, persisten los conflictos y el diálogo hacia dentro corren el riesgo del aislamiento electoral, el debilitamiento de su poder y su capacidad de representación.

Hasta ahora las tres principales fuerzas partidistas dependen más de las personalidades de sus precandidatos a la presidencia de la República que de su historia o programa. La tentación ha sido el ganarles anticipadamente al adversario no importando la manera (caso del desafuero al candidato más importante y a la fecha único del PRD, incluso se llegó a decir que los “finalistas vamos a ser el PRI y el PAN”, o llenando de adjetivos y descalificaciones a los posibles candidatos de los principales partidos).

En el PRI la lucha está cifrada entre Roberto Madrazo, dirigente del partido y cinco exgobernadores y un senador integrados en el llamado TUCOM (Todos Unidos Contra Madrazo) que aunque acordaron un candidato de unidad, cada uno de ellos se mueve por su lado y con sus propios recursos. El problema principal será ponerse de acuerdo en los tiempos, formas, recursos, en fin salir a salvo de la lucha interna por el candidato rumbo al 2006. Ahora, la salida de Madrazo de la dirigencia del PRI representa un problema para los madracistas, pues mientras no se cambien los estatutos o se acuerde la convocatoria, la

<sup>32</sup> Javier Oliva, “La ruta de los partidos políticos”, en *La Jornada*, 7 de marzo 2005, p. 21.

dirigencia quedaría en manos de la secretaria general, Elba Esther Gordillo, contrincante política de Madrazo.

La disputa es por elegir a un candidato que se oponga a la fuerza y estructura creada por Madrazo para conducir su propia designación como candidato presidencial, quien después de mucho tiempo reconoció abiertamente sus aspiraciones presidenciales, hasta ahora el competidor más reconocido y fortalecido por los resultados de la elección en el Estado de México es Arturo Montiel.

Por su parte, Acción Nacional, a pesar de las críticas por el excesivo gasto en las precampañas no oficiales y por el favoritismo hacia uno de los contendientes (denunciado como motivo principal de su renuncia por Francisco Barrio), ha definido de una manera más estable tiempos, formas, gastos y candidatos para disputar la candidatura presidencial. Alberto Cárdenas Jiménez, Felipe Calderón Hinojosa y Santiago Creel son los precandidatos que tendrán que convencer a aproximadamente un millón 200 mil militantes adherentes y activos que podrán participar en la votación interna, y que tendrán un presupuesto de 300 millones de pesos para sus precampañas (divididos entre los tres contendientes).

En el PRD las cosas parecen aclararse con la renuncia a la candidatura de parte del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas. "He tomado la decisión de no participar en el proceso interno" anunció el líder histórico del partido (abuqueado al abandonar la sesión en su reciente congreso en medio del grito ¡Obrador, Obrador!), quien tenía una preferencia del 1% entre los electores identificados con el PRD, muy lejos del 92% de López Obrador (según la encuesta de Parametría en la segunda semana de junio de 2005).

Lamentablemente el partido ha apostado más a la personalidad carismática y caudillesca de López Obrador, pese a la ambigüedad de algunos de sus planteamientos, a la fuerza de su partido como organización unida, disciplinada y activa en la República.

b) *¿Y la democracia y unidad interna de los partidos?* La renovación de las directivas de los partidos generó divisiones internas en cada una de las organizaciones. Las corrientes en el PAN, las tribus en el PRD y los grupos en el PRI tuvieron sus propios aspirantes que mostraron su frágil unidad interna, el discurso que mostraron fue más de descalificación del adversario que de construcción de ideas, y al final lo que preservó su unidad fue la posibilidad de construir la candidatura presidencial y ganar la elección de 2006.

La ausencia de métodos transparentes y aceptados por todos los militantes, así como la presencia de un contro-

vertido líder nacional, son algunas de las explicaciones a los recurrentes conflictos internos que el PRI enfrenta ante la elección de sus candidatos a gobernador. La inconformidad de los priístas que no logran la nominación es un fenómeno recurrente y sus manifestaciones son múltiples: en algunos casos expresan sus disgustos y se alejan de la vida partidista; en otros, militan a favor de fuerzas opositoras; y en otros, renuncian a las filas del tricolor y aceptan la candidatura de alguno de los contendientes.

En el PRI el camino a 2006 ha estado marcado por la lucha interna de dos grupos: aquel que como dirigente nacional encabeza Roberto Madrazo y que busca hacerse de la candidatura presidencial y el de la Unidad democrática, grupo de gobernadores, ex ediles y legisladores que quiere para sí tanto la dirigencia nacional como la candidatura a la presidencia. A favor Madrazo están los resultados del PRI en el 2004: ganó 757 de los mil 522 cargos de elección que estuvieron en disputa, entre ellos 8 de las 10 gubernaturas. A favor de los gobernadores está la victoria en el Estado de México.

El factor del desencuentro en el PRI parece claro: todos los que tienen algún poder desean ampliarlo mediante la designación de candidatos a puestos de elección popular cercanos a ellos. Este es el elemento que provoca las diferencias de Madrazo con los gobernadores tanto por la designación de sus sucesores como por la de los diputados de sus entidades, con Enrique Jackson y con Elba Esther Gordillo. Lo cierto, dice Jesús Cantú, es que todas esas batallas son parte de la guerra que libran por la candidatura a la presidencia de la República, por lo cual es previsible que los enfrentamientos continúen<sup>33</sup>.

Por otra parte, la elección de Manuel Espino a la presidencia del PAN mostró por un lado, el pragmatismo político de las corrientes del PAN al aceptar abiertamente la influencia de Vicente Fox en su seno, y por otro lado enseñó a la población la forma tan acotada de sucesión que tiene pactada el PAN (en el PAN su dirigente se elige por votación de sus 384 consejeros en tantas vueltas electorales como sean necesarias hasta llegar a sólo dos candidatos obteniendo el vencedor las dos terceras partes de los sufragios. Una vez electo el dirigente al día siguiente se presentó una propuesta para integrar al Comité Ejecutivo, el cual puede tener de 20 a 40 miembros, sin contar los integrantes *ex officio*, entre quienes se encuentran los exdirigentes del partido, los coordinadores parlamentarios, el

<sup>33</sup> Jesús Cantú, "PRI: designaciones conflictivas", en *Proceso*, 1481, 20 de marzo de 2005, p. 15.

responsable de la cartera juvenil, los encargados de la promoción de la mujer y el coordinador de los diputados locales).

La elección de Manuel Espino se da en un ambiente en el que el PAN parece haber agotado su discurso democrático, por la derrota que los sustituyó en Chihuahua y Nuevo León y que lo ubican en la cola en preferencias nacionales para el 2006. Criticada por sus militantes como una lucha entre doctrinarios y ultraconservadores (se denunció la “derechización” del PAN con la llegada de Espino), la disputa se agudizó con las declaraciones de prominentes panistas e inclusive con su salida, como manifestación de rechazo a la “imposición” y las “actitudes sesgadas” que permitieron la llegada de Espino a la dirigencia.

Puede verse que la elección de la dirigencia se explica por la batalla por la presidencia. Manuel Espino inmediatamente anunció su descontento con la crítica hacía el presidente, también que va a revisar la presencia de funcionarios del antiguo régimen en el gobierno, que podrían boicotear la permanencia del PAN en el poder en el 2006. En el mejor de los casos, Espino está haciendo lo mismo que durante décadas el partido le criticó al PRI: se está apropiando del gobierno. Reformas administrativas, servicio profesional de carrera, las aspiraciones a un gobierno de funcionarios competentes, todo eso mandó Espino al cesto de basura con esa declaración<sup>34</sup>.

Por su parte, afectado por pugnas entre sus corrientes internas, por los escándalos de corrupción de varios experredistas destacados, por el inmovilismo de su dirección y por la exasperante persistencia de prácticas de fraude y manipulación del sufragio, una crisis moral evidente, el proceso de desafuero de López Obrador, un 2004 electoral de grandes pérdidas, el diferendo entre los dos principales liderazgos partidistas (López Obrador y Cárdenas), el PRD eligió el 15 de marzo de este año a su dirigente nacional, Leonel Cota.

En el PRD, el proceso para renovar su dirigencia nacional y la mayoría de sus comités estatales estuvo marcado por el acarreo, el robo de urnas, la quema y el secuestro de la papelería electoral, hechos de violencia y desorganización que enseñan una formación política asumida en el tribalismo y los cacicazgos, prácticas defraudadoras de la vieja cultura política priísta y las desviaciones heredadas

<sup>34</sup> Soledad Loaeza, “El partido en el gobierno”, en *La Jornada*, 10 de marzo de 2005, p. 22.

de la administración de Rosario Robles<sup>35</sup>. La imagen de esta organización está marcada por las numerosas irregularidades, pero sobre todo por los enfrentamientos entre las *tribus* y cacicazgos locales que a partir de ésta elección se repositionaron alrededor de Cárdenas y López Obrador, preparados ya para la candidatura presidencial del 2006.

c) *Política centrada en el desprestigio de la misma política.* Luis Salazar ha escrito recientemente que el viejo autoritarismo del priísmo sobrevivió en la vida interna de los partidos, pues en lugar de representar y agregar políticamente los intereses y preocupaciones de una sociedad que los ve con justificado menosprecio, los partidos dan señales de ser botín de mafias, antiinstitucionales, dispuestas a socavar las reglas y los árbitros de la democracia mexicana. La actividad política ha sido campañas de desprestigio político, “polarizaciones facticias, en la desvalorización de la política, de los partidos, de las instituciones y de lo público en general”<sup>36</sup>.

Para Salazar, los posibles candidatos no proponen soluciones, no se comprometen con políticas y orientaciones precisas, no asumen ideales, sino exclusivamente acusan a los otros de todos los males y de todos los fracasos (diariamente vemos a Santiago Creel desmarcándose de su pasado como miembro del gabinete del presidente Vicente Fox al proponer un nuevo cambio, o a Montiel, aun como gobernador del Estado de México, criticando lo que los “políticos” no han logrado: la seguridad), presentándose como víctimas, sea como defensores de la legalidad, sea como potenciales restauradores de los privilegios perdidos<sup>37</sup>.

José Woldenberg también ha concluido que el nivel en el que transcurre la política es bajo, “plagado de dimes y diretes, de jugadas y jugarretas de corto plazo”, con lo cual el papel pedagógico de la política es trocado por el del espectáculo sin demasiado contenido<sup>38</sup>.

La demanda es que los partidos deberían tener una mayor definición y proporcionar elementos para distinguir con claridad sus diferencias, mayor capacidad para formar

<sup>35</sup> Véase *La Jornada* 22 de marzo de 2005, incluso ahí se recuerda el diagnóstico realizado por Samuel del Villar donde enlista una serie de prácticas antidemocráticas visibles en el PRD que le permiten concluir: “No hay una sola práctica fraudulenta denunciada por nosotros como oposición, frente al otrora invencible PRI, que no se haya producido en el marco de esa elección interna del 17 de marzo de 2002”.

<sup>36</sup> Luis Salazar, “Melancolía democrática”, en revista *Nexos*, núm. 328, abril 2005, p. 67.

<sup>37</sup> *Loc. Cit.*

<sup>38</sup> José Woldenberg, “Luces y sombras”, en revista *Nexos*, núm. 328, abril 2005, p. 77.

alianzas gobernantes sólidas, incluyentes, efectivas. Pero además que discutan, reflexionen y aborden los temas importantes que definen el futuro nacional: petróleo, educación, investigación, salud, pensiones, territorios, ecología, biodiversidad, salarios, empleos, vivienda, legislación social, régimen fiscal, infraestructura urbana, seguridad, soberanía, paz, democracia, justicia, corrupción, narcotráfico, cultura, medios de comunicación.

La tendencia en cuanto a la calidad del debate no es esperanzadora hasta el momento: lo que se muestra es una etapa de muchos ataques, descalificaciones y pocos argumentos, la ventilación de asuntos privados como parte central de las precampañas.

d) *Mucha imagen, nula propuesta. Las campañas en televisión, el gasto y el contenido.* El atraso cultural de las instituciones partidistas ante las elecciones del 2006 también se refleja en la existencia de un gran espacio donde actúan los actores autoritarios, cuya participación es un refuerzo para el sistema autoritario, para la negación de la ciudadanía y la reproducción de la dominación tradicional. Uno de los espacios más problemáticos para la consolidación democrática es el de la comunicación de masas y su control por fuerzas aliadas a grupos políticos, cuya actuación es uno de los factores que tornan inequitativos a los procesos electorales<sup>39</sup>.

Cuando escribo esto, pesa sobre el principal precandidato del PAN, Santiago Creel, la acusación incluso de integrantes de su propio partido de gastar más de 100 millones de pesos en propaganda en los medios y de acceder a ellos, en horarios estelares que llegan a costar el precio de 500 mil pesos el spot de 20 segundos, por medio de componendas e intercambio de favores al facilitar la concesión de casas de apuestas a la empresa Televisa. O bien, se manifiesta la saturación en televisión con mensajes vacíos de contenido, propuestas y estrategias, de precandidatos del PRI y del PAN, además de la difusión de las obras de gobierno de Andrés Manuel López Obrador.

Si bien sabemos que los receptores no son seres indefensos, pasivos, a quienes los mensajes de la televisión enajenen y dominan, también sabemos que tampoco se tratan de sujetos –individuales o colectivos– totalmente conscientes y libres de influencia ideológica, políticas, comerciales. Simplemente en el plano cognitivo, es algo ya bastante demostrado que la mayor parte de la gente se allega a la infor-

mación política de la televisión<sup>40</sup>, igualmente hay que tomar en cuenta que mientras más alejada del entorno y las apariencias inmediatas de los receptores, un mensaje tendrá mayor penetración y credibilidad y aumenta las posibilidades de ser aprehendido. La era de la televisión, señala Soledad Robina, ha alterado el proceso político al ampliar las audiencias, personalizar el poder, reducir el papel de los partidos políticos y nacionalizar el debate político<sup>41</sup>.

Jesús Martín Barbero ha sido más específico y ha planteado que uno de los cambios que han revolucionado la forma de percibir la política es la imagen que proporciona la televisión, lo cual no indica mayor información y conocimiento acerca de los eventos políticos, sino simplemente desinformación, apatía y espectacularización<sup>42</sup>. Barbero ha dicho que los medios han provocado que la acción política acabe identificada con el espectáculo mediático de masas. La política se desfigura a tal punto que estaría asistiendo

<sup>39</sup> Ejemplos de esta afirmación se pueden encontrar en: Carl Bernstein, "La cultura idiota", en *Nexos*, núm., 177, septiembre, 1992, pp. 37-41. Giovanni Sartori, *Homo videns, la sociedad teledirigida*, Ed. Taurus, 1998, España. Teresa Páramo, "Identidad social, televisión y cultura", en *Polis 97*, UAM, 1998, México, pp. 99-121. Raymundo Riva Palacio, "Cultura política, medios de comunicación y periodismo en México", en *Revista mexicana de comunicación*, año 11, Núm., 57, México, 1999, pp. 21-27. Alma Alva de la selva, "TV: el voto electrónico", en *Revista mexicana de comunicación*, año siete, Núm., 37, 1994, México, pp. 9-11. Sergio Aguayo y Miguel Acosta, *Urnas y pantallas*, Ed. Océano, 1997, México, p. 108. Soledad Robina, "La nueva propaganda política", en *Revista mexicana de comunicación*, año 6, Núm., 35, 1994, pp. 11-17. Jesús Martín Barbero, "El miedo a los medios", en revista *Nueva sociedad*, Núm., 161, mayo junio 1999, pp. 43-56. Florence Toussaint (coord), *Democracia y medios de comunicación: un binomio inexplorado*, Ed. La Jornada, México, 1995, p. 139. Guillermo Orozco, "La monopolización televisiva de los comicios", en *Revista mexicana de comunicación*, Año 7, Núm. 37, 1994, p. 11. Carlos Monsiváis, "Comunicación, cultura política y democracia", en *Revista mexicana de comunicación*, año 2, núm. 12, agosto 1990, pp. 13-19.

<sup>40</sup> "El analista Fletcher calcula que a principios de los años ochenta, 52 % de los votantes obtenía su información de la televisión...El Instituto francés de Investigación Psicoanalítica indicaba que en 1988, el 77 % de los franceses tenía la impresión definida de los candidatos gracias a la televisión. Resultados similares se observaron en Alemania donde el 52 % de la población indicó que la televisión era la primera fuente de información en eventos políticos". Soledad Robina, "La nueva propaganda política", en *Revista mexicana de comunicación*, año 6, Núm., 35, 1994, pp. 11-17.

<sup>41</sup> "La televisión propone temas y personajes frecuentemente alejados de los grandes problemas nacionales: hemos visto que los niños tapatíos reconocían a Lucía Méndez, pero no al gobernador de Jalisco; que otros niños identificaban al "Gansito Marinela" y a otros personajes televisivos, pero no a nuestros héroes nacionales; que adolescentes mexicanos ignoraban algunos problemas nacionales fundamentales, pero estaban al tanto de la realidad televisiva; que adultos tapatíos conocían con detalle aspectos del mundo del fútbol, pero ignoraban los avatares de la gran crisis de los años ochenta". Enrique Sánchez Ruiz. *Op. Cit.*

<sup>39</sup> Véase al respecto de Raúl Trejo Delarbre, "Los medios: de la sumisión a la impunidad", en revista *Nexos*, núm. 298, octubre de 2002, p. 54-55.

al proceso de su propia disolución. Los dispositivos de desfiguración son dos, ha dicho, el de espectacularización y el de sustitución. El primero vacía a la política de su sustancia:

Al predominar la forma sobre el fondo, el medio sobre el mensaje, el discurso político se transforma en puro gesto e imagen, capaz de provocar reacciones –cambiar la intención del voto, modificar súbitamente los porcentajes de adhesión–, pero no de alimentar la deliberación o el debate ideológico y menos de formar convicciones. Confundida con el discurso publicitario, la palabra del candidato es sometida a la fragmentación que impone el medio, a la levedad de sus contenidos y su figura a la estética de los maquillajes de cualquier producto o vedette<sup>43</sup>.

El segundo se desprende de ahí, de la hegemonía de la imagen sustituyendo la realidad: “el mediador, el comunicador, acaba suplantando al político no sólo en el sentido primario, sino en otro más hondo, el político va interiorizando la función comunicativa hasta vivir de la imagen que proyecta más que de las ideas y objetivos del partido que representa. La videopolítica sustituye a la vida política en el mismo proceso y al mismo ritmo en que el ciudadano va siendo reemplazado por el consumidor”<sup>44</sup>. Para Barbero el medio no se limita a transmitir o traducir las representaciones existentes, ni puede tampoco sustituirlas, sino que se constituye en una escena fundamental de la vida pública. De ahí que concluya diciendo: “En los medios se hace y no sólo se dice la política”.

e) *El pragmatismo y la mutación ideológica*. Muchos de los políticos desdeñados por sus partidos de origen o vencidos en contiendas internas cambian de partidos a otro sin miramientos. Al parecer la ideología no importa, pues el objetivo es alcanzar las postulaciones que les fue negada en sus partidos. Ejemplos recientes lo constituyen los casos de Tlaxcala (los tres contendientes fueron originarios militantes del PRI), Aguascalientes (donde el PAN gobierna con expriístas), Morelia (Sergio Magaña fue alcalde bajo las siglas del PRI, quiso ser candidato a gobernador y no pudo en su partido, se fue al PAN donde también fracaso y terminó como aspirante a la alcaldía moreliana por el PRD), Baja California Sur (Rodimiro Anaya, expriísta que fue senador

<sup>43</sup> Jesús Martín Barbero, “El miedo a los medios”, en revista *Nueva sociedad*, Núm., 161, mayo junio 1999, pp. 43-56.

<sup>44</sup> *Ibidem.*, p.51.

por el PRD renunció a éste inconformado con su proceso interno y terminó como candidato a gobernador por el PRI), Hidalgo (donde se promovió a José Guadarrama como candidato a gobernador, expriísta acusado de asesinar a perredistas), Oaxaca, Veracruz, el Estado de México (casos extraños denunciados los expriístas por apoyar candidatos opositores al PRI), y muchos casos más<sup>45</sup>.

El pragmatismo y la difuminación ideológica mostrada en estos casos parece que se ha vuelto por sí mismo una doctrina. Incluso Vicente Fox ha dicho en defensa de esta situación: “para ganar las elecciones hay que dedicarse intensamente a las campañas electorales y mandar la doctrina de vacaciones”<sup>46</sup>. Al parecer ni doctrina, ni plataforma electoral ni programa de gobierno, lo único que explotan las dirigencias partidistas es la inconformidad del ciudadano, la búsqueda del poder por el poder, la alternancia por la alternancia, se trata de un PAN, PRI y PRD pragmáticos.

Esta crisis ideológica lleva a muchos autores a proponer que parecen ser más bien agrupaciones profesionales electorales denominadas por Otto Kirchheimer como *catch-all-party*<sup>47</sup>, partidos políticos que se distinguen por su difuminación ideológica y por su capacidad de conectar el núcleo de su programa con el máximo número posible de sectores sociales. Si bien no se puede negar que algunos partidos conservan una identidad propia, sí es evidente que la lucha electoral ha involucrado a los partidos políticos con la ganancia electoral, que los principios y valores que los guían han empezado a dejar de ser claros para los ciudadanos y parecen convertirse en “maquinarias electorales sin proyectos sociales alternativos”<sup>48</sup>, lo que explica

<sup>45</sup> Véase *Proceso* 1461, 31 de octubre 2004, pp. 35-37.

<sup>46</sup> Germán Martínez Cazares, diputado panista ha contestado a quienes piensan como el presidente de la siguiente manera: “El partido se abre ¿se prostituye? De par en par a oportunistas y se cierra a ciudadanos con compromiso y liderazgo sociales. La fuente orientadora del PAN está atrofiada, su discurso distinto y distinguible tiene sordina. Al parecer, los panistas sólo estamos encaminados por el apetito de ganar la presidencia de la República en 2006”. *Proceso*, 31 de octubre de 2004, p. 36.

<sup>47</sup> Kirchheimer acuñó este concepto para deplorar la situación de los partidos de la segunda posguerra, que habían abandonado sus propuestas de reivindicación y cambios sociales y se habían conformado a la idea de un mercado político en el sentido más lato. Para este autor, el discurso ideológico de los partidos deja de ser su elemento principal de interpelación y la caza de votos se afirma como su profesión. Otto Kirchheimer “El camino hacia el partido de todo el mundo” en Lenk y Neumann (eds.), *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Anagrama, Barcelona, 1980, pp. 246-328.

<sup>48</sup> Jesús Rodríguez, “Democracia y sistemas de partidos”, en revista *Argumentos*, número 18, abril de 1993, México, UAMA, p. 41.

que amplios sectores de la población no se sientan involucrados con ellos y opten por la apatía política o por la lucha en otros frentes sociales.

Y esta crisis engloba a otros motivos del descrédito partidista, como enlista Jesús Rodríguez: la gran cantidad de compromisos adquiridos con los distintos grupos a los que recurren tanto para el financiamiento como para la elección los orillan a una práctica inmovilidad política. A esto se suman los problemas de elitismo y burocratización al interior de los partidos políticos que han impedido que en ellos puedan aparecer auténticas estructuras democráticas, que “permitirían la dinamización de la vida interna del partido, su contacto con las demandas y transformaciones de la voluntad ciudadana y el abandono de las rutinas políticas reducidas a lo electoral”<sup>49</sup>.

Adolfo Sánchez Rebolledo también ha escrito que en vez de reaccionar, los partidos políticos, “que debían darle cauce a la pluralidad, divagan en el chalaneo de los votos, se acomodan lo mejor que pueden sin ofrecer ideas que los distinguan unos de otro ... a los ojos de muchos ciudadanos ... las formaciones más prestigiadas sólo sirven para cocinar las ambiciones personales de los políticos, mientras mucha gente sufre inerte la degradación de sus vidas, la disolución de todo vínculo comunitario o cultural, la cancelación de la esperanza”<sup>50</sup>.

f) *¿Y la responsabilidad?* Todo parece indicar que se elude la sustancia del quehacer político: la construcción de ideas y el establecimiento de acuerdos duraderos que a su vez proveen de estabilidad tanto a las organizaciones como a los actos de gobierno.

Esto último es claro ejemplo de lo que proponen algunos autores: en la debilidad del vínculo social, en la precariedad de lazos de confianza y cooperación social, puede encontrarse la razón de la distancia afectiva respecto al ejercicio de la ciudadanía<sup>51</sup>.

## A manera de conclusión

Sometidos a una aguda y generalizada crítica y desbordados por las nuevas realidades de la comunicación, el nuevo papel de los medios y el manejo inadecuado de los asuntos públicos, han hecho de los partidos entes desac-

tualizados y desideologizados; oportunistas y demagógicos, impermeables y autistas frente a las demandas ciudadanas. De hecho, están enfrascados en una lucha interna, que se ha ido convirtiendo en pura carrera electoral por apropiarse o mantenerse en el poder (actualmente, los ejemplos de corrupción y el tráfico de influencias han marcado su desempeño, haciéndolos perder su escaso prestigio y ganar todo tipo de desconfianzas), su credibilidad ha caído a los niveles más bajos, haciendo mucho más profunda la crisis de representación<sup>52</sup>.

Entender a los partidos políticos como piezas centrales del proceso democrático no es entenderlos como los únicos actores ni los más privilegiados, su agotamiento o crisis de representación y mediación implica la reflexión acerca de la refuncionalización de sus aspectos internos (democracia, tolerancia) y externos (gestión, programas, administración correcta, rendimiento de cuentas, capacidad de negociación y capacidad legislativa, identidad ideológica, voluntad de compromiso, entre otras), y posibilita la solución a múltiples desafíos de la consolidación democrática.

La consolidación democrática requiere cambios sustanciales en la cultura política, no sólo de sus ciudadanos sino también de sus representantes. Es necesario que los ciudadanos confíen y aspiren a la democracia como un medio de vida en todos los aspectos de la cotidianidad, pero junto con ellos, también los funcionarios, gobernantes y representantes que configuran la esfera del gobierno, y además los actores y estructuras partidistas deben de actuar de acuerdo con ese convencimiento y valores de la cultura política democrática. De nada sirve que los ciudadanos manifiesten una cultura cívica democrática si se enfrentan en el ejercicio de su ciudadanía a estructuras que mantienen el pensamiento y la acción autoritarias, o que quieran participar por las vías institucionales reconocidas y aceptadas por el sistema democrático (elecciones y partidos), si éstas se cierran y actúan manera intolerante, coactiva o despectiva. O viceversa, la acción democrática de estas estructuras no funcionaría si sus propuestas se topan con culturas políticas de aceptación pasiva o desinterés, por no decir autoritarias.

<sup>52</sup> El Congreso, a su vez, refleja estas debilidades partidarias, que se traducen en ineficiencia y parálisis, falta de capacidad para responder a las demandas de la población, crisis de representación, pérdida de credibilidad y falta de confianza ciudadana, etc., con lo que se agudizan los déficits en la satisfacción ciudadana con el sistema. Los partidos, además, han convertido al Congreso en cuna de privilegios, escándalos de corrupción y persistencia de impunidades.

<sup>49</sup> *Ibidem.* p. 41.

<sup>50</sup> Adolfo Sánchez Rebolledo, “Entre la violencia y el desencanto”, en *La Jornada*, jueves 9 de mayo de 2002, p. 27.

<sup>51</sup> Véase por ejemplo Norbert Lechner, “El precario relato democrático”, en *Nexos*, núm. 298, octubre de 2002, p. 47-48.